
ARTICULO VIGESIMOSEPTIMO.

EL PUEBLO AZTECA.

UNA LECCIÓN DE HISTORIA PATRIA.

Y aquel pueblo viril, enérgico y valiente; aquellos hombres de color bronceado, musculación hercúlea, ojos de mirar profundo, frente erguida y levantada; aquellos indómitos guerreros que empuñaron el dardo, el escudo y la macana en defensa de la Patria agonizante; aquellos creyentes y fanáticos ilusos que incensaban á sus dioses con la sangre humeante de sus víctimas; aquellos sencillos comerciantes que inundaban sus mercados de abundantes productos naturales y de los primores de una industria naciente, pero original, hermosa y bella; aquellos sabios incipientes que supieron con su ciencia medir el tiempo mejor que sus coetáneos los colosos europeos; aquellos monarcas de pompa majestuosa, rica y opulenta que despertaron con su boato la envidia y la codicia de los blancos; y aquel indio soberbio, último rey, valiente y denodado, muerto en el martirio y que nos dejara por herencia eterna su valor y su heroísmo!..... Todo esto se llamó: "el pueblo azteca."

Y bien, ¿cuál fué el origen histórico de este pueblo gigante que tanto se distinguiera por sus proezas inauditas, por su valor heroico y por su indisputable patriotismo?..... Poco ó nada sabe la historia respecto de este punto: la hipótesis incierta ó la atrevida conjetura reinan casi siempre en los orígenes de todas las cosas; pero especialmente en aquellas que se relacionan con el hombre cuando surgió por vez primera en el planeta. Por eso no me atrevo á afirmar lo que no sé, lo que nadie sabe y lo que nos es imposible saber; me bastará tan sólo repetir aquí lo que dice también la tradición y lo único que nosotros los mexicanos aprendemos en la Escuela como conocimientos históricos referentes á las primeras edades de la Patria.

“Aztlán,” he aquí el nombre de un lugar ó pueblo situado en la Alta California, centro fecundo de tribus indígenas que se esparcieron después en los amplios y vastos territorios del Septentrión americano. Una de esas tribus llamada *azteca* salió de ese lugar en 1160, dirigióse al Sur pasando el río Colorado, atravesando bien pronto el Gila en cuyas inmediaciones se detuvo por algún tiempo, dejando como huella de su estancia los monumentos que hasta ahora se contemplan. Continúan después su marcha los viajeros para detenerse otra vez cerca de Chihuahua, en donde construyeron enormes edificios que con el nombre de *Casas Grandes* conocemos, recogieron frutos y provisiones abundantes para poder seguir su viaje atravesando llanuras, cruzando montañas hasta instalarse de nuevo en *Chiconostoc*, al Norte de lo que hoy es ciudad de Zacatecas. Más tarde siguieron su peregrinación pasando por la sierra occidental que bajaban ó subían hasta penetrar á la región de los valles y de los lagos de la mesa central, instalándose aquí y acullá, sosteniendo rudos com-

bates con diversas tribus que les cerraban el paso en su camino ó bien con pueblos ya establecidos que se oponían á su permanencia en las cercanías de sus dominios; finalmente, y después de 165 años de penalidades y fatigas sin cuento, descubrieron el día 18 de Julio de 1325, en unos pequeños islotes del lago de Texcoco, una hermosa y arrogante águila posada sobre un nopal y devorando una enorme serpiente; aquel sitio era el designado por sus dioses para su instalación definitiva y que anhelantes buscaron y encontraron hasta entonces, desde el primer día de su partida.

Quedó al fin fundada la ciudad azteca; “Tenochtlán” la llamaron en memoria del gran sacerdote Tenoch ó bien “México” en memoria de Mezitli ó Huitzilopochtli su sanguinario dios de la guerra. Otra fracción azteca se estableció en otro islote del lago que le llamaron Tlaltelolco. Ya instalados allí en sus islotes, construyeron respectivamente un humilde templo ó *teocali* consagrado al culto de sus dioses; á su derredor levantaron chozas de lodo y carrizo, y junto á ellas colocaron sus canoas pescadoras y guerreras. El descontento más grande reinaba en las comarcas vecinas con la llegada de sus nuevos huéspedes, esto los decidió á entrar en guerra constante con ellos y convertirse sin remedio en tributarios de un poderoso monarca, el rey de Atzacapotzalco. Así permanecieron algún tiempo llevando una vida triste y miserable, gobernados por sus sacerdotes; pero como siguieron más tarde el ejemplo de sus vecinos, cambiaron la forma de su gobierno y nombraron su primer rey, dando principio desde entonces lo que se llamó la “monarquía azteca.” Una serie no interrumpida de monarcas mexicanos siguieron en el poder desde el prudente rey Acamapitzin en 1376 hasta el ínclito patriota Cuauhtemoc en 1521. Durante

ese período de cerca de siglo y medio el pueblo azteca constituido, efectuó su evolución histórica. Voy, pues, á permitirme dar, siquiera sea á grandes rasgos, una ligerísima ojeada á la civilización azteca durante el período mencionado y cuyo sencillo bosquejo nos hará comprender que ese pueblo niño aún, supo cumplir con su deber y por él se sacrificó hasta morir aniquilado y destrozado por las hambrientas garras del salvajismo español de aquellos tiempos.

Comenzaré por la familia. Era ésta para ellos, como para nosotros, el centro de sus afecciones más puras; su hogar dignificado por el matrimonio servía de templo sacrosanto para la educación de sus hijos bajo la dirección maternal; pero á los cinco años de edad eran entregados á los sacerdotes ó á las sacerdotisas, según el sexo, para que continuasen encargados de su posterior educación. A los niños se les educaba para la guerra y para el trabajo; á las niñas para el amor, para la ternura y para los cuidados de la familia, y á unos y á otros se les acostumbraba á ser eminentemente religiosos. Sus máximas de moral, dignas de figurar todavía entre nosotros como modelos de civilización y de cultura, merecen ser mencionadas y de ellas el sabio Maestro Guillermo Prieto ha formado el siguiente extracto:

“Honra á tus padres á quienes debes obediencia, temor y servicios.”

“Guárdate de imitar el ejemplo de aquellos malos hijos, que peores que los brutos, no reverencian á los que deben el ser, ni escuchan su doctrina, ni quieren someterse á sus correcciones.”

“No te burles de los ancianos ni de los que tienen imperfecciones en el cuerpo.”

“No mientas jamás, que es gran pecado mentir, cuan-

do refieras á alguno lo que otro te ha contado; dí la verdad pura sin añadir nada.”

“No hables mal de nadie.”

“No hurtes ni te des al robo, pues serás el oprobio de tus padres.”

A las niñas les decían:

“Hija mia, decía la madre, formada de mi substancia, nacida con mis dolores y alimentada con mi leche.”

“Esfuérzate en ser siempre buena, porque si no lo eres, ¿quién te querrá por mujer?”

“Sé aseada y ten tu casa en buen orden.”

“Da agua á tu marido para que se lave las manos, y haz el pan para tu familia.”

“Donde quiera que vayas preséntate con modestia.”

“No te des al enojo, porque él anda acompañado de muchos vicios.”

“Cuando te llamen tus padres, acude pronto, porque tu tardanza puede ocasionarles disgusto.”

“A nadie engañes; ten presente que no hay delito sin testigo, porque Dios todo lo ve.”

“Evita la familiaridad con los hombres; la mujer que da cabida á malos deseos, echa fango en el agua clara de su alma.”

“No te metas en la casa ajena, sino con muy justificado motivo.”.....

El Gobierno de los aztecas era una monarquía electiva, cuya sucesión se fijó entre los miembros de la casa de Acamapitzin, recayendo después la elección del rey en uno de sus hermanos; á falta de los los hermanos en los sobrinos ó primos, haciéndose siempre la designación por cuatro ó seis electores permanentes y de lo más escogido de la nobleza. Además de la vo-

luntad del soberano, existían leyes que eran rigurosamente aplicadas por los tribunales para todos los delitos que constituyeran un atentado á la personalidad ó á la propiedad de los gobernados. Había numerosos impuestos y contribuciones para satisfacer las necesidades de la corona y las necesidades públicas. Los aztecas todos, tenían el deber imprescindible de alistarse en la milicia, y al efecto estaban siempre dispuestos para la guerra, ya fuese sagrada para obtener prisioneros que sacrificar, ó ya de conquista para ensanchar su territorio.

La religión de los aztecas era muy parecida á la que hoy podríamos llamar la idolatría cristiana que profesa con pasión nuestro pueblo. Creían en la existencia de un solo Dios que le llamaban *Teotl*; al diablo ó espíritu del mal le llamaban *Tlacatecolotl*; creyeron en la inmortalidad del alma y en la existencia de la gloria y el infierno. Además del Dios único, los antiguos aztecas adoraban otra infinidad de dioses representantes del agua, del aire, del fuego, y en general de todos los agentes de la naturaleza, de sus productos y aun también de las ocupaciones en que empleaban su tiempo. Para el culto de sus dioses, construyeron multitud de templos, siendo el más notable de todos, el que fué consagrado á Huitzilopochtli, dios de la guerra, ídolo sanguinario á quien sacrificaron millares de víctimas humanas.

Respecto de la actividad de los aztecas aplicada al trabajo, merece una especial mención. Así para la agricultura, por ejemplo, mostraron siempre gran predilección, no sólo cuando pudieron disponer de extensos terrenos para su cultivo, sino cuando estuvieron reducidos á sus pequeñísimos islotes, inventaron sus chinampas ó jardines flotantes que suavemente hicie-

ron deslizar sobre las aguas tranquilas de los lagos. En los amplios terrenos que después tuvieron, hicieron grandes campos de labor y de cultivo para diferentes granos y semillas, sembraban y cuidaban el maguey, el algodón, el chile, el cacao y otras plantas de importancia; sus bosques, sus huertas y jardines eran preciosísimos y dignos de ser contemplados y admirados.

Sus industrias sobrepusieron á su época; trabajaban hermosas joyas de oro y plata incrustadas de piedras preciosas y brillantes; utilizaron el cobre, el plomo y el estaño para la elaboración de diversos instrumentos y utensilios; hacían curiosidades de mármol, de jazpe y de alabastro; los alfareros trabajaban toda clase de vajillas y trastos para los usos domésticos, y sus casas eran muy buenas construcciones de cal, piedra y teztontle; que algunas, principalmente de los nobles, ostentaban columnas, bóvedas y arcos de bastante resistencia y que revelaban no carecer sus constructores de los conocimientos más fundamentales en que se apoya el difícil arte de la arquitectura. El reino vegetal y animal fueron bastante bien utilizados; los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de maderas; los fabricantes de tejidos hacían telas de algodón, de pluma, pelo de conejo y de liebre y las fibras del maguey; se sirvieron de muchas plantas en su alimentación y en la medicina; curtían perfectamente las pieles de varios animales, y en una palabra, supieron servirse de los productos que la naturaleza les proporcionaba para satisfacer de la mejor manera posible la mayor parte de sus necesidades.

El comercio entre los aztecas se verificaba por cambios de unos efectos por otros, ó bien por compras y ventas, valiéndose de un ingenioso sistema de medidas y monedas. En sus mercados se practicaban toda clase

de transacciones mercantiles con la infinidad de efectos que allí circulaban, ya fuesen productos naturales ó ya productos de las artes y de la industria. Los conflictos que resultaban de unos comerciantes con otros, eran resueltos por los jueces que presidían exprofeso, los días destinados á los tianguis ó al comercio.

Respecto de las bellas artes y las ciencias, no se distinguieron los antiguos mexicanos, aunque tampoco les fueron del todo indiferentes; mostraron pasión por la arquitectura y la escultura, que todavía admiramos hoy en los restos que nos quedan de sus monumentos; la pintura entre ellos era más bien una especie de escritura histórica en forma jeroglífica que ha servido para revelarnos todos los secretos de su civilización y su cultura. Tuvieron afición por la poesía, y aun se cree que entre la multitud de juegos con que frecuentemente se divertían, figuraron también las representaciones teatrales. Su música fué siempre rudimentaria, tanto en la parte vocal como en la instrumental, pues en una y otra dieron pruebas los aztecas de muy poca habilidad. Sus conocimientos científicos se limitaron solamente á las primeras nociones sobre el número aplicado al tiempo, á la medida y á algunas verdades astronómicas fundamentales; de las demás ciencias sólo tuvieron conocimientos empíricos, pero suficientes para aplicarlos con provecho á las artes y á su industria

Tal es, en brevísimo resumen, la civilización del pueblo azteca; mucho he suprimido que lo ensalza y lo enaltece; pero ni tengo tiempo de exponerlo ni sería oportuno decirlo todo en una conferencia. Lo expuesto basta para afirmar que fué un pueblo digno de su época; si se creó enemigos fué por su grandeza y su poder;

ellos fueron los instrumentos de que como aliados ó traidores se sirviera el conquistador para destruirlo; mas no el valor, ni la pericia, ni el saber, bastante escasos en aquel rudo soldado para dominar sin deshonor ni manchar su nombre de oprobio y de ignominia una nación vigorosa, si acaso en ella hubiera existido la unidad. Pero si hubo un Cortés cruel y sanguinario que nos legara por herencia el vicio y la maldad, hubo también un Hidalgo sublime y magnánimo, que personificando el derecho y la justicia de aquel pueblo oprimido, cansado ya de sufrir por tanto tiempo su pesado y brutal yugo, lo desencadenara para siempre encaminándolo después con su luminosa antorcha, hacia los hermosos y amplios senderos de la libertad, del progreso y de la felicidad.

México, 1896